

UNA FOTO PARA LA HISTORIA

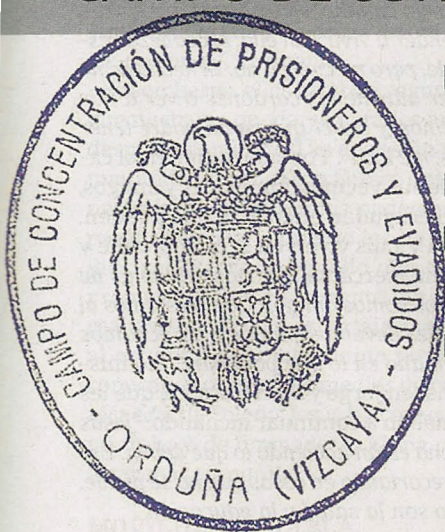
Prisioneros comiendo en el suelo, apiñados bajo los soportales. Diana Rossell, historiadora del arte y nieta del grabador catalán Lluís Rossell, conserva la única foto del campo de concentración de Orduña en pleno funcionamiento. Su abuelo, uno de los sobrevivientes, la consiguió tras haber entablado

amistad con el alférez capellán Máximo Prado Villarreal. "Mi abuelo —que falleció en el 2000— pudo sobrevivir porque un religioso del campo vio cómo grababa un ícono con un clavo sobre una superficie de metal. A partir de entonces recibió un trato preferente por su valía como artesano".



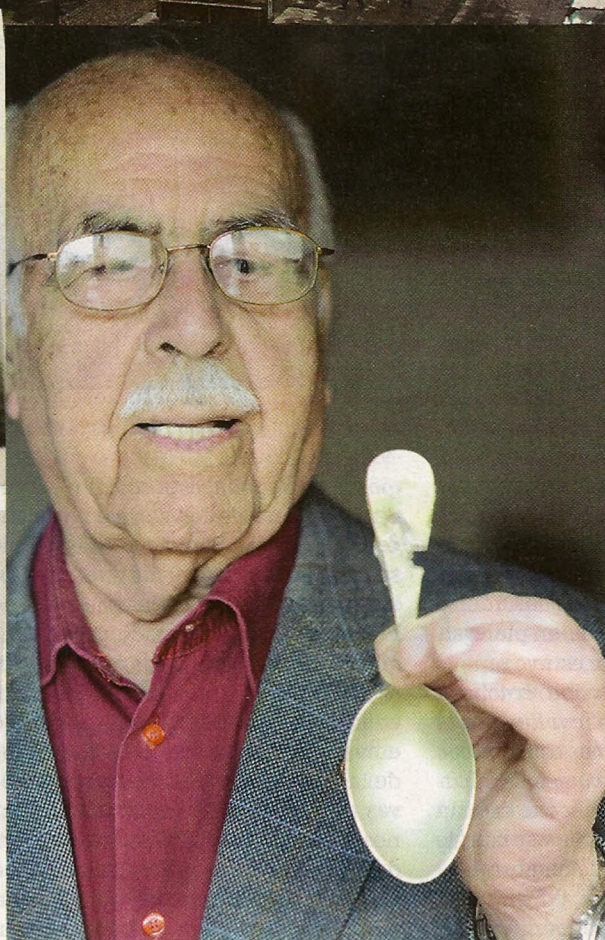
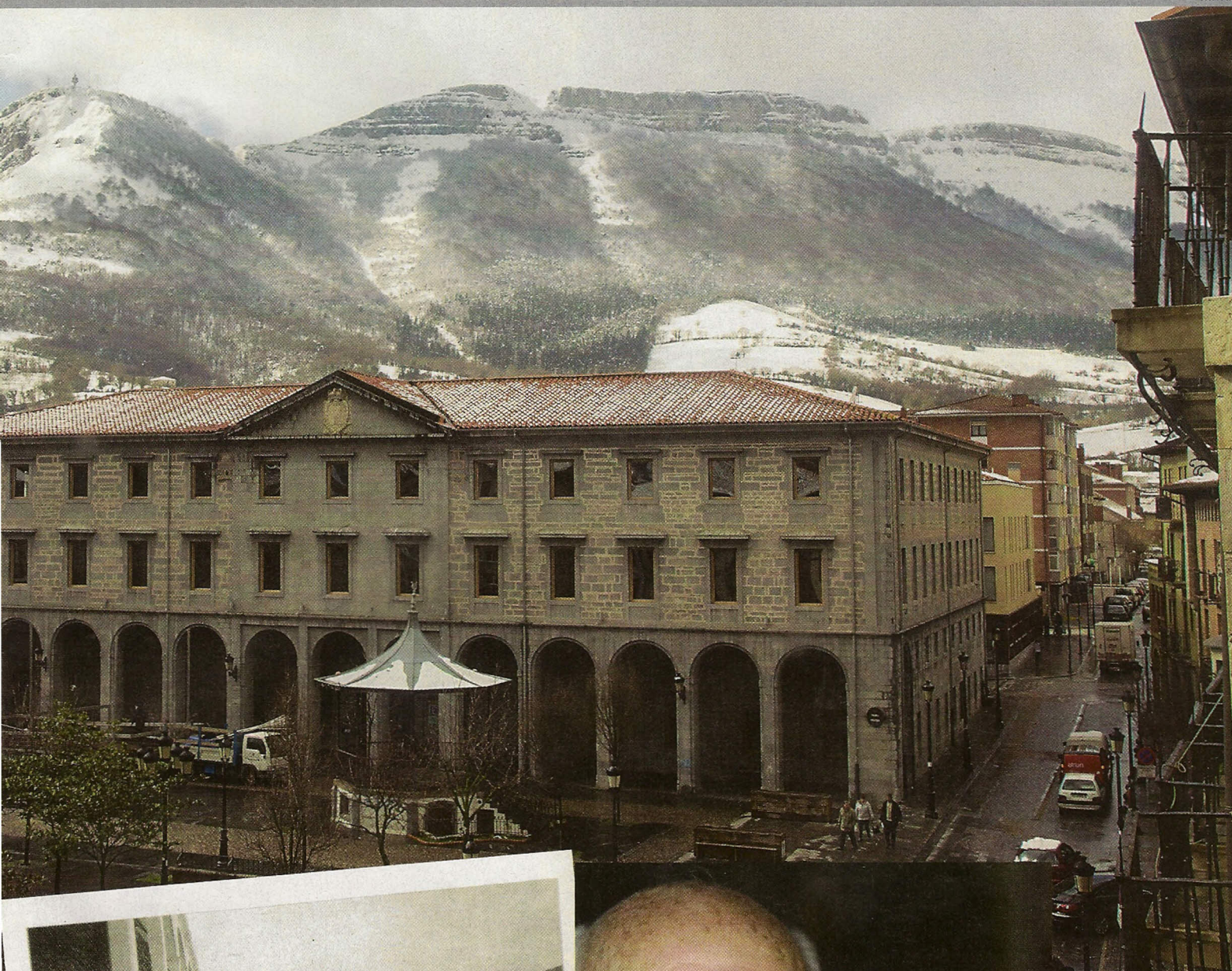
ARCHIVO FAMILIAR ROSSELL-ELEXALDE

LA LOCALIDAD VIZCAÍNA DE ORDUÑA MANTIENE OCULTOS LOS RESTOS DE LAS VÍCTIMAS DE UN CAMPO DE CONCENTRACIÓN FRANQUISTA



El colegio de los horrores

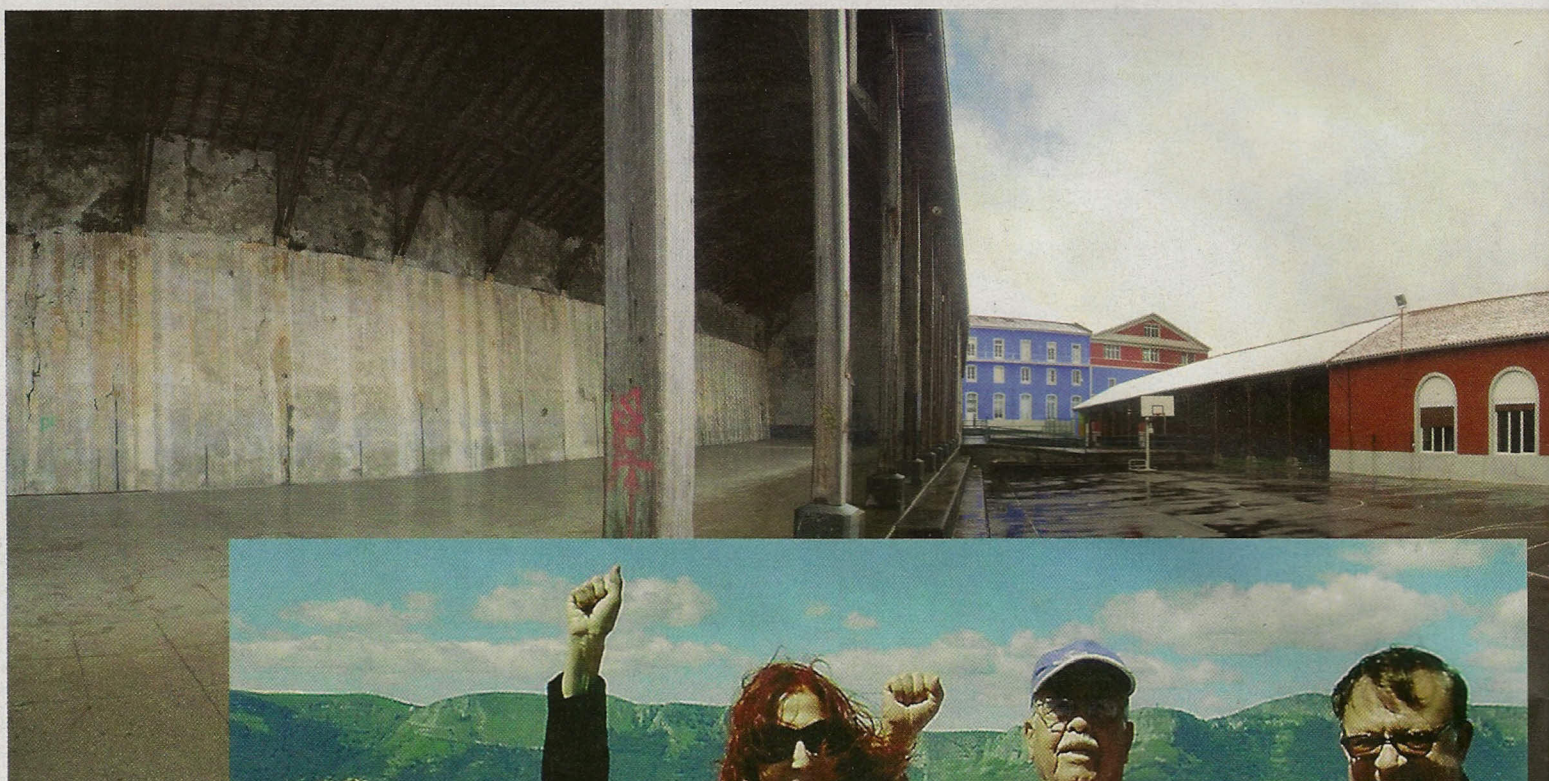
Por sus aulas pasaron personajes como Sabino Arana, fundador del PNV, o José Antonio Aguirre, el primer lehendakari. Algunos años después, Franco eligió el colegio de los Jesuitas de Orduña (Vizcaya) para instalar un campo de concentración por el que pasaron hasta 50.000 prisioneros. Algunos fueron asesinados a golpes. Otros murieron de hambre. Más de 70 años después, sus cuerpos siguen ocultos bajo tierra.



SERGI REBOREDO

El horror del hambre

A la izquierda, dos imágenes antiguas del colegio. Arriba, vista del Ayuntamiento de Orduña desde el centro educativo. A la izquierda, Tàrio Rubio, de 93 años, superviviente del campo de concentración que sufrió la crueldad del 'Manco', sobrenombre de uno de los carceleros. Rubio recuerda el hambre que se pasaba en Orduña.



De cárcel a colegio

Arriba, panorámica del patio del Colegio de los Padres Jesuitas, ahora Colegio de los Josefinos, donde se ubicó el campo de concentración y la prisión central de Orduña entre los años 1937 y 1941.



• Danilo Albin

Suena el timbre del recreo. A pesar de la nieve y el frío, los niños corren hacia el frontón del colegio Nuestra Señora de la Antigua, en la localidad vizcaína de Orduña. Ninguno de ellos sabe que, en pleno siglo XX, este mismo patio estuvo repleto de prisioneros. La diversión, entonces, era otra. *"Marcábamos una línea en el suelo de tierra y jugábamos carreras con los piojos que nos sacábamos de la cabeza"*, recuerda el republicano catalán Tàrio Rubio. Para él, Orduña y su colegio católico son sinónimos de hambre, muerte y sufrimiento. Mucho sufrimiento.

Al igual que otros tantos centros reli-

giosos de España, este colegio se convirtió en uno de los campos de concentración del franquismo. Más allá de sus similitudes con otros centros, este lugar tenía algunas características que lo hacían único: levantado por la congregación de los Jesuitas a finales del siglo XVII, se trataba de la institución educativa más antigua de Euskadi. No en vano, allí habían estudiado algunas de las personalidades más significativas del País Vasco. Desde los hermanos Sabino y Luis Arana, fundadores del PNV e ideólogos del nacionalismo vasco, hasta José Antonio Aguirre, quien varios años más tarde se convertiría en

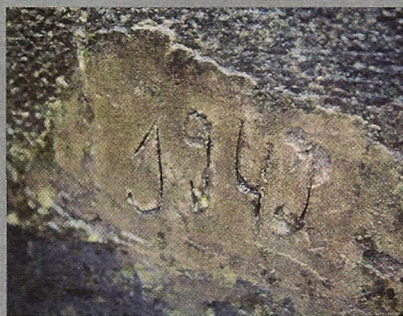
Homenaje en 2012

Arriba, familiares de supervivientes, en un homenaje realizado en la localidad vizcaína en 2012. A la derecha, Tàrio Rubio, con chaqueta azul, conversa con otra víctima del centro.

el primer lehendakari, este colegio fue durante años el preferido de la burguesía local.

La II República ordenó su cierre en 1932, una medida que estuvo acompañada por la disolución de la Compañía de Jesús en Orduña. Franco volvió a abrir sus puertas en 1937, pero no con finalidades educativas: a partir de entonces, allí fueron reclusos miles de prisioneros. Prácticamente todos provenían de los frentes de Vizcaya, Levante, Aragón y Cataluña. Habían perdido la guerra y ahora estaban en manos del enemigo. *"Fueron apresados y desvaliados en el campo de batalla, donde les*

Bajo estas líneas, la fecha de 1941 aparece grabada en uno de los muros del cementerio. A su lado, el investigador Joseba Egiguren, autor de un libro sobre la historia del campo de concentración franquista, señala marcas de disparos en el camposanto.



MITXI

Los datos oficiales hablan de 201 muertos cuando el colegio era prisión y 24 cuando era campo de concentración

aquel pueblo de apenas 3.000 habitantes había más gente detrás de los muros que fuera de ellos. *"El hecho de encerrar a 5.000 individuos en un recinto de 11.000 metros cuadrados con un patio de otros 6.000 metros cuadrados, implicaba que cada prisionero dispondría teóricamente de poco más de dos metros cuadrados de superficie dentro del edificio, y de tan solo uno fuera de él. Es decir, el espacio estrictamente necesario para tumbarse en el interior, y para estar de pie en el patio"*, concluye Egiguren en su libro.

EL 'MANCO' Y SU LÁTIGO

Josep Serrat, padre del cantante Joan Manuel Serrat, fue uno de los miles de hombres que pasó por aquel lugar. Tras ser apresado por su militancia en las brigadas anarquistas, Josep logró salir con vida de ese infierno. Lo mismo le ocurrió a Tàrio Rubio, condenado a vivir allí una temporada cuando sólo tenía 18 años. Si bien desfiló por varias prisiones del franquismo, asegura que en ninguna pasó tanto hambre como en el viejo colegio de los Jesuitas. Allí conoció –o sufrió– al Manco, un carcelero que disfrutaba dando palizas a los prisioneros. Su nombre era José Luis Junguitu Sáez y provenía de Ametzaga, un pequeño pueblo de Álava. A pesar de haber recibido un disparo en la mano mientras peleaba junto a los requetés, aquel temido individuo mostraba una gran habilidad a la hora de repartir golpes. *"Nos hacía formar un círculo y dar vueltas a paso ligero. Cuando no aguantábamos más y caíamos al suelo, se lanzaba encima y nos daba palos hasta que nos levantábamos"*, relata Rubio.

Josep Santjoan, otro republicano catalán que también acabó en ese campo, aún tiene presente la imagen del Man-

co y su látigo. *"Estuve allí cuatro meses, entre febrero y junio de 1939. Tenías que obedecer, porque sino te pegaban"*, explica Josep. Poco después de que los franquistas le permitiesen volver a su pueblo, la dictadura decidió transformar este sitio en una prisión. *"A partir de entonces, sólo llevaban a personas que ya habían sido condenadas en algún otro lugar"*, comenta Egiguren. De acuerdo a las cifras obtenidas por este investigador, durante la etapa de presidio –que duró hasta 1941– murieron oficialmente 201 personas, casi todas de hambre. *"De la época del campo sólo están registrados 24 fallecimientos, pero me consta que hubo más muertos porque así lo señalaron varios testigos"*, explica.

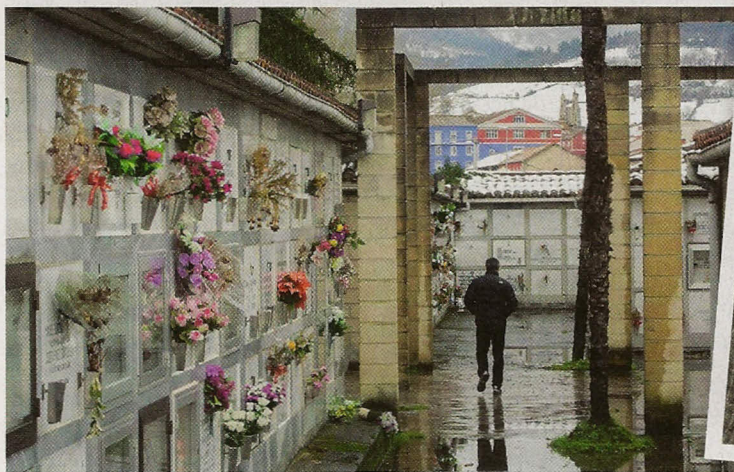
Entre los que allí perdieron la vida está el abuelo de Carmela Villar, una española que lleva 52 años en un pueblo del sur de Francia. Zoilo Villar había sido concejal en la localidad de Torrenueva, en Ciudad Real. Tras ser denunciado a los falangistas por un vecino, fue apresado cuando tenía 58 años y nueve hijos. Nunca más los volvió a ver. Acusado de *"rebelión"* contra el régimen, acabó detrás de los muros de los Jesuitas. Al igual que en el resto de fallecimientos registrados en este sitio, nadie sabe dónde fueron enterrados los cuerpos.

Las principales sospechas indican que habrían acabado en una fosa común situada en el sector del cementerio municipal dedicado a quienes no profesaban la fe católica. En 1970, el ayuntamiento franquista ordenó levantar una serie de nichos sobre esa misma zona, dificultando aún más el acceso a la verdad.

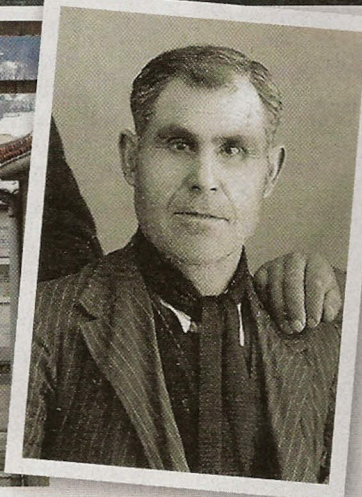
Allí debajo también podrían estar los restos de dos hermanos que tuvieron un mismo –y cruel– destino. Manuel y Salvador del Amo fueron detenidos en →

quitaban todo. Nada más llegar a Orduña, les tomaban sus datos de filiación e investigaban cuál había sido su pasado, tanto durante como antes de la guerra", comenta el periodista Joseba Egiguren, autor del libro *'Prisioneros en el campo de concentración de Orduña'* (Ed. Ttarttalo).

Tras un intenso trabajo de investigación, Egiguren ha logrado determinar que durante sus dos años de funcionamiento pasaron por allí hasta 50.000 prisioneros. La capacidad máxima del campo era de 5.000 personas, lo que le convertía en uno de los principales recintos represivos del país. De hecho, en



MITXI



■ En 2012 se homenajeó a las víctimas. El ayuntamiento pidió perdón por utilizar prisioneros como esclavos

los partidos políticos con representación municipal –Bildu, PNV y PP–. En esa declaración, el ayuntamiento pedía perdón por *“haber utilizado como esclavos a prisioneros de guerra y presos para la ejecución de todo tipo de obras públicas en su término municipal, y por haberse beneficiado económicamente de la presencia de personas cautivas en su municipio”*.

En efecto, el gobierno municipal de aquella época no sólo recibía dinero por acoger el campo de reclusión franquista, sino que también se benefició de la mano de obra esclava para hacer obras en la Plaza de Toros, reconstruir el viejo edificio municipal que hoy funciona como hotel o reparar los daños sufridos por la mismísima Virgen de la Antigua, venerada por los orduñeses de ayer y de hoy. *“En un acto de sinceridad, y más allá del color político que gobierne en este momento, esta institución –que es la misma de aquella época– cometió ciertos actos que desde la perspectiva de hoy resultan difíciles de defender”*, sintetiza el actual alcalde, Carlos Arranz (Bildu).

El homenaje incluyó la colocación de una placa frente al antiguo presidio, situado en pleno centro del pueblo. Sin embargo, dentro del edificio no se aprecia ni una sola mención a su pasado atroz. El edificio fue adquirido en el año 1963 por la congregación de los Josefinos de Murialdo, quienes a día de hoy regentan un colegio privado que supera en alumnos a la escuela pública de la localidad. A pesar del terrible pasado que encierran estas aulas, sus estudiantes poco y nada conocen sobre lo que ocurrió allí dentro. *“He estado con una chica de unos 30 años que estudió en ese colegio y no sabía que ahí había funcionado un campo de concentración. Como ella, miles de personas han pasado por allí sin saber nada sobre este tema”*, se lamenta Luis Fuentes, integrante de Lau Haizetara Gogoan. Mientras, los alumnos de los Josefinos continúan en el viejo patio, exactamente el mismo en el que los prisioneros morían de ham-

→ la localidad extremeña de Villa Gonzalo y enviados a la lejana prisión orduñesa por el simple hecho de ser de izquierdas. La mujer de Manuel también fue apresada por los franquistas, aunque sólo se pudo establecer que estuvo presa en la cárcel de ese pueblo de Extremadura. Nadie sabe cuándo desapareció ni qué hicieron con su cadáver. En el caso de los hermanos Del Amo, apenas se conoce que murieron con muy pocos días de diferencia: Salvador cayó el 13 de marzo de 1941, y Manuel el 5 de abril. *“Seguramente estarán enterrados ahí, en el cementerio municipal de Orduña”*, señala Antonia, la nieta de Manuel.

Las sospechas de esta mujer encuentran respaldo entre los lugareños. Hace algún tiempo, un vecino le contó a Egiguren que *“cuando era niño fue una vez al cementerio y se topó una botella con un papelito dentro”* en el mismo lugar donde se habrían producido los enterramientos clandestinos. Otro hombre le reveló que *“su abuelo tenía una casa muy cerca de la estación de tren, y la vendió*

porque un día descubrió que en su terreno había un montón de huesos. Él creía que eran de la guerra civil”.

También aparecieron restos humanos en un recinto fortificado anexo a la iglesia que se excavó en el año 2002, en el marco de un estudio del Grupo de Investigación en Arqueología de la Arquitectura de la Universidad del País Vasco. Los expertos colocaron aquellos restos en bolsas y los llevaron a un crematorio sin que fueran analizados. *“Le pregunté a uno de los responsables si podía tratarse de restos de la guerra civil. Me respondió que quizás sí, pero no lo vamos a saber nunca”*, relata a esta revista el investigador.

PERDÓN

En junio de 2012, Carmela Villar viajó hasta Orduña para participar en el primer homenaje oficial a las víctimas del campo y la prisión local. El acto incluyó la lectura de una moción impulsada por la coordinadora de la memoria Lau Haizetara Gogoan y aprobada por todos

Zoilo y la memoria

Sobre estas líneas, Zoilo Villar, concejal de un pueblo de Ciudad Real detenido por falangistas. Fue apresado y llevado al campo de Orduña. Murió allí. Arriba, Luis Fuentes y Eduardo González, integrantes de la coordinadora de memoria histórica Lau Haizetara Gogoan. Debajo, cementerio de Orduña con el colegio, que fue campo de prisioneros, al fondo.